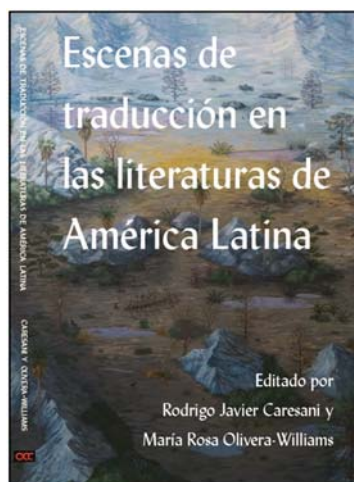

SOBRE *ESCENAS DE TRADUCCIÓN EN LAS LITERATURAS DE AMÉRICA LATINA*, DE RODRIGO JAVIER CARESANI Y MARÍA ROSA OLIVERA-WILLIAMS (EDS.)

Inés Mahiques
Universidad de Buenos Aires
inesmahi@hotmail.com



∞

Escenas de traducción en las literaturas de América Latina, de Rodrigo Javier Caresani y María Rosa Olivera-Williams (eds.); Raleigh: Editorial A Contracorriente, 2023; 150 pp.; ISBN: 978-1-4696-7912-9.

Escenas de traducción en las literaturas de América Latina, editado por Rodrigo Javier Caresani y María Rosa Olivera-Williams, problematiza la idea de la traducción –identitaria, cultural, idiomática– como un puente entre centro y periferia, entre inglés y español, entre imperio estadounidense y colonia latinoamericana. Con tres artículos en inglés y tres en español, la propuesta expresa el



punto de partida de los seis trabajos que lo componen, a saber: la traducción es inútil si pretende convertirse en una síntesis de dos alteridades mutuamente ininteligibles. Pero ello no quiere decir que las obras analizadas, todas ellas latinoamericanas, prescindan de la traducción o la conciban como mera mimesis de un original. Por el contrario, la literatura de la periferia encuentra en ella un modo de *producir* algo propio, de socavar el discurso dominante para volverlo extraño, de exponer las disonancias entre *mi* lengua y la lengua ajena.

El artículo que inaugura la serie es “Technicity as Violence and Mistranslation of the American Dream in *La carreta* (1951) by René Marqués”, de Katrina Corazon Barrientos. A partir de un análisis cuidado del texto fuente, la autora pone de relieve la violencia estructural que hace imposible la asimilación de los personajes puertorriqueños a la sociedad norteamericana. Aquí el problema de la traducción se revela en su sentido más amplio, pues refiere a las posibilidades del sujeto subordinado de *traducir* su identidad a la cultura dominante, de convertirse en un protagonista del *American Dream*, de transculturarse. Pero en el diálogo entre una cultura y la otra se interpone la tecnología como un dispositivo que bloquea la comunicación limpia y equitativa entre el trabajador inmigrante y el ciudadano estadounidense, entre quien huye de la tierra oprimida para encontrarse cara a cara con su opresor. El desenlace del protagonista de *La carreta* revela con amarga ironía las consecuencias desiguales del desarrollo de la técnica: el mismo dispositivo que hizo de Estados Unidos un país rico y modernizado –la máquina– es el que aplasta a Luis y acaba con su vida.

En “La traducción en el Modernismo latinoamericano: Prolegómenos críticos y teóricos”, Rodrigo Javier Caresani retoma el carácter político de la traducción en relación con la producción modernista latinoamericana de principios del siglo XX y fines del XIX. Definido por su cosmopolitismo en un contexto de incipiente globalización, por su “saqueo irreverente de legados culturales” (2023; 38), el modernismo fue a menudo concebido por la crítica en función de su cercanía con Europa, principalmente, con Francia (Mallarmé y Verlaine son, por ejemplo, influencias cruciales en la obra de Rubén Darío). De esta manera, un análisis distraído de esta literatura podría catalogarla como una “importación”, con variantes propias, de modelos europeos. Lejos de la mimesis, la lectura de Caresani propone al traductor modernista como un *portador*, pues aquí se produce una paradoja que constituye el eje de la propuesta: el modernismo se despega de su origen para ser original. Y esta originalidad reside, precisamente, en el potencial productivo de una traducción que asimila lenguajes y culturas ajenas para producir algo propio. Por eso, la traducción modernista no implica una subordinación a la cultura dominante; por el contrario, se la apropia, la saquea, hace tambalear sus cimientos.

El concepto de transculturación es imprescindible en el trabajo de Liliana Chávez Díaz, “El viaje como acto de traducción: Las memorias cubanas de Alma Guillermoprieto y Margaret Randall”, que analiza las memorias recientemente escritas por las dos autoras sobre sus subjetividades femeninas y feministas, y sobre su experiencia con los movimientos de izquierda latinoamericanos, principalmente en calidad de viajeras a Cuba durante la década de 1960. La condición de las autoras no es solo bilingüe, es también bicultural. Siendo Guillermoprieto de origen mexicano y Randall de origen estadounidense, ambas pasaron muchos años de su vida tanto en Estados Unidos como en Latinoamérica. Narrativamente, ellas asumen el lugar fronterizo de su bilingüismo para “traducir” una cultura a otra. En específico, para presentarle al monolingüe lector yanqui un retrato genuino de la realidad latinoamericana. Chávez analiza las posibilidades productivas de unos relatos cifrados por la distancia: distancia en el tiempo, pues trabaja con

memorias escritas sobre eventos que ocurrieron mucho tiempo atrás; distancia de género, en la medida en que su condición de mujeres las ponía en la periferia de la escena política de la década de 1960; distancia del público lector al que estaban dirigidos los escritos. La traducción, en este sentido, vuelve visible –legible– aquello que quedó sepultado en el tiempo, en la distancia o bajo el discurso hegemónico sobre los hechos.

En “Poetics of Translation: Gaps and Knots in Self-Translations of Rosario Ferré and Raquel Salas Rivera”, de Ben A. Heller, el bilingüismo vuelve a presentarse como una posición fronteriza que es incapaz de encontrar síntesis o equivalencias entre una lengua y la otra, pero que logra poner en escena esta imposibilidad para volverla productiva. Los dos poetas, de origen puertorriqueño, traducen del inglés al español algunos de sus poemas, e incluyen en la edición la versión original y la traducida. Entre ambas versiones, observa Heller, aparecen espacios en blanco que marcan una distancia: inglés y español quedan escindidos en el espacio físico de la página. Pero no se trata, naturalmente, de una incompatibilidad meramente lingüística: es la distancia entre norte y sur, entre Estados Unidos y Puerto Rico, entre centro y periferia; también en este caso, el bilingüismo de los autores se enmarca en una biculturalidad. Pero aquí la identidad latinoamericana –en particular la puertorriqueña, concretamente oprimida por el poder imperial– no se define en oposición a la cultura del colonizador. Se constituye, por el contrario, en ese *in-between* de las lenguas, en medio de la “pureza” de una y de otra, en los espacios en blanco de sus propias páginas.

El quinto artículo del libro, “*Flânerie, parlache* y traducción: Vestigios de la ciudad letrada en la Medellín de *La virgen de los sicarios*”, de Ruth Nelly Solarte González, también destaca el componente político de la traducción, que cobra un rol central con relación a las diferencias de clase en la Medellín de la novela. Es decir: no se produce aquí una tensión entre la identidad latina y la estadounidense sino, específicamente, entre la identidad letrada, encarnada en Fernando, y entre la clase marginal, que tiene a Alexis como principal figura. La traducción, en este contexto, viene a salvar la distancia entre un registro lingüístico-cultural y otro. Fernando explica y reformula para el lector letrado expresiones del “parlache”, de la jerga popular. Se produce una tensión entre ambos registros que se vuelve explícita en la relación amorosa del narrador con Alexis, pues la atracción que siente por el joven sicario no está exenta de espanto. El intelectual recorre los barrios populares como un *flâneur* periférico que no ve sino ruina y decadencia, pero la necesidad de conocer, de acercarse y de traducir deriva al mismo tiempo en fascinación y rechazo. Es esta ambivalencia la que genera la distancia necesaria para tender un puente hacia la lengua del otro, para decodificarla y traducirla al registro propio.

En el sexto y último artículo del libro, “Arts from the Postcolonial Republic: Experimental Typography and the Translation of Western Enlightenment in Simón Rodríguez”, de Emmanuel A. Velayos Larrabure, la propuesta de Simón Rodríguez hace estallar el paradigma binario de la traducción. La voluntad de traducir no se limita a dos códigos con una base en común: no se trata de dos idiomas diferentes, de dos registros de clase diferentes o de dos culturas diferentes. En cambio, sistemas distintos de expresión pueden comunicarse para terminar juntos en el espacio de la página. Pintura, tipografía, puntuación, ritmo y oralidad forman una propuesta conjunta que pretende traspasar los límites de la palabra escrita. La palabra es, para Rodríguez, parte de un juego visual que busca representar, *traducir* a la página en blanco el curso del pensamiento y de la pronunciación, prescindiendo de la esquematización sintagmática que

caracteriza a la escritura lineal y que “degrada” el carácter esencialmente paradigmático de la expresión.

En *Escenas de traducción en las literaturas de América Latina*, la traducción se revela como profundamente política. Es a partir de esta constatación que el problema de traducir, traducirse o ser traducido adquiere las variantes y los matices que componen a cada uno de los seis trabajos. El libro demuestra que la noción de traducción resulta clave, si no indispensable, para alcanzar una comprensión de la identidad latinoamericana: híbrida, multiforme, en constante devenir e “impura”, nuestra literatura se niega a ser hablada por el lenguaje alterno, pero no reniega de él. Por el contrario, lo toma para exponerlo, denunciarlo, mejorarlo, crear algo nuevo... las posibilidades son infinitas, y de ello da cuenta este libro.